

La situación de los/las intelectuales. Condiciones materiales de existencia y diferencia de género sexual en la producción de saber

ALEJANDRA CIRIZA

En este trabajo se procura indagar sobre la significación de la diferencia sexual en relación al campo del saber. Analizaremos dos hitos: el de la modernidad ilustrada, y el momento actual. Este último marca el definitivo resquebrajamiento de una constelación de entidades que articulaban la cuestión del saber a cierto tipo de prácticas y escenarios. Perdidos esos escenarios y soportes, resquebrajadas las formas de producción, circulación y consumo de los bienes simbólicos, la función clásica de intelectual no podía sino transformarse. Estos procesos atraviesan las diferencias sexuales, pero lo hacen de una manera específica. Explicar cómo nos afectan a nosotras implica asumir un doble desafío, por una parte el de la herencia de la modernidad ilustrada, por la otra la indagación por la relación entre saber y cuerpo humano sexuado.

Licenciada y Profesora en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (1983). Defendió su tesis doctoral, sobre discurso político de la Ilustración americana en 1995, por la cual mereció la calificación de sobresaliente con mención de honor.

Es investigadora del CONICET desde 1992, y ha sido categorizada B por las comisiones del Sistema Nacional de Incentivos. Dirige proyectos y ha recibido subsidios del CIUNC y del CONICET. Su línea actual de investigación se desarrolla en el campo de la teoría feminista y la filosofía política.

Expositora en diversos Congresos, Seminarios y Jornadas a nivel nacional e internacional. Ha dictado numerosos cursos de Postgrado tanto en el país como en el extranjero.

Es profesora adjunta de Epistemología de las Ciencias Sociales en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Cuyo.

Este trabajo aborda la cuestión de la redefinición de la función de intelectual bajo las condiciones actuales desde una perspectiva conceptual ligada a la teoría feminista. La forma bajo la cual la función de intelectual sea ejercida no es ajena a las relaciones de género, a las determinaciones que la pertenencia a un género sexual y no a otro imprimen sobre los sujetos estableciendo itinerarios, destinos, ilusiones, afinidades electivas que distan bastante de estar sujetas a la «naturalidad».

La particular posición de intelectual, el modo bajo el cual una mujer haga del ejercicio del saber y «la razón» su actividad profesional está cruzada por tensiones que, a más de vividas, es necesario esclarecer por cuanto hacen a los posicionamientos que las mujeres ocupamos en el campo intelectual.¹ En principio no es en modo alguno infrecuente que las mujeres alcancen espacios en las universidades, centros de investigación, medios de comunicación. Sin embargo sería cuanto menos ingenuo suponer que el saber es indiferente a la condición sexual del sujeto que lo porta, o que la condición sexual sea independiente de las jerarquías, lugares de autoridad, estrategias que un sujeto pueda desplegar, o de las incertidumbres a las que se vea sujetado.² Probablemente ello se deba a que la historia de la relación entre las mujeres y el saber está atravesada por la tensión de quienes han llegado tarde al mundo del conocimiento, así como llegamos tarde al mundo de la política y del arte. Probablemente porque entre nosotras no hubo un Aristóteles, y sí una Hipatia, desollada viva en Alejandría, la tarea de reconstruir nuestras genealogías en orden al saber está cruzada por los conflictos inherentes a la resistencia frente a lo que Luce Irigaray llama el «sometimiento de una genealogía a otra».³

En pocas palabras, las relaciones de las mujeres con el saber no han sido apacibles, han estado cruzadas siempre por una cierta línea de desasosiego, de inquietud, en relación a un lugar en el cual incluso hoy somos vistas como recién llegadas. La recurrencia del asunto de la diferencia sexual como diferencia de racionalidad, la apelación nada infrecuente a un intento de teorización de la diferencia que conduce, tal vez por las tensiones que la conceptualización del asunto implica, a la obturación de la percepción de los escenarios a partir de los cuales la cuestión de la dife-

rencia es decible y visible, constituye un síntoma. El caso más interesante es el del psicoanálisis. Dice Michel Tort: «La identificación del falo como significativo acarrea una puesta en posición simbólica de las mujeres que reproduce en el interior de la teoría analítica su status subordinado en las relaciones sociales hombres - mujeres». [Tort, 1993, p. 175]. La indecibilidad de lo que Michel Pêcheux ha llamado «el zócalo de silencio y de violencia» sobre el que se monta aquello que puede ser dicho se traduce al interior de los discursos teóricos de maneras diversas en función de las tradiciones, objetos y problemas propios de cada tradición teórica y de cada disciplina. [Pêcheux, 1976]

Quisiera comenzar por señalar una cuestión histórica respecto del tema de los intelectuales. La cuestión de los intelectuales se constituye como un asunto polémico a partir de un conjunto de factores que se ligan a un momento específico de la historia, aquel momento en que el poder y el saber descienden del cielo hacia la tierra, convertidos desde entonces en asuntos profanos puestos a consideración de la opinión pública. Se trata ni más ni menos que de la ilustración, que hemos de tomar como punto de partida para considerar en parte su herencia, en parte sus crisis y rupturas.⁴

Es decir, pretendo argumentar en torno de las transformaciones y permanencias en el ejercicio de la función de los intelectuales en la sociedad jugando con dos hitos históricos, el de constitución de una determinada forma de saber y ejercicio de la función intelectual y el momento actual que, al parecer, marca el definitivo resquebrajamiento de una constelación de entidades que articulaban la cuestión del saber a cierto tipo de prácticas y escenarios, a una peculiar concepción de la razón, la ciencia y los sujetos de conocimiento. Perdidos esos escenarios y soportes, resquebrajadas las formas de producción, circulación y consumo de los bienes simbólicos, transmutado el campo intelectual en un nuevo escenario en el que se juegan elementos hasta ahora desconocidos, la función clásica ejercida por los intelectuales no podía sino transformarse.⁵ Asistimos a esas transformaciones con la conciencia precaria que da el hecho de ser contemporáneos. El hecho de no disponer de la distancia his-

tórica que necesita la teoría hace oscilar las conceptualizaciones ante una condición marcada por la velocidad del cambio, la aceleración del tiempo, la evanescencia generalizada de todos los fenómenos.

Comencemos por la ilustración. En sentido estricto la función de intelectual, tal como hoy la conocemos, es decir, la existencia de individuos laicos que se presentaban a sí mismos, y eran aceptados por los demás, como portadores de un cierto saber construido según un conjunto de reglas y procedimientos específicos, susceptibles de ser empleados por cualquiera que tuviera órganos sensoriales normales y capacidad de razonar es un producto de la modernidad. No se trata, obviamente de sostener que no haya habido intelectuales antes de la modernidad, sino más bien de argumentar a partir de la hipótesis de que la figura paradigmática del intelectual, aquella que anuda el conjunto de exclusiones e inclusiones a través de las cuales solemos delimitar aún hoy el concepto, es la del intelectual moderno.

Intelectuales e ilustración parecen conformar, al menos en Occidente, una constelación difícil de escindir y desbrozar. Las revoluciones políticas permitieron la emergencia de intelectuales de nuevo tipo, portavoces de la palabra de otros, representantes de los intereses generales. No sólo se trata de que las revoluciones burguesas, la francesa, la norteamericana, las latinoamericanas, inauguraron un tipo de acción colectiva hasta entonces inédita, caracterizada por el cambio en el modo de ejercicio del poder político tomado como objetivo colectivo consciente; sino de que la burguesía es la primera clase que protagoniza un cambio revolucionario adjudicando un lugar central a la relación entre teoría y práctica, entre masas e intelectuales, entre emancipación mental y emancipación política. El cambio se hacía, por añadidura, en nombre de los intereses generales, la razón universal, la igualdad y la libertad.

Es la Ilustración la que proporciona los primeros modelos de intelectuales, los enciclopedistas, hombres capaces de dominar el conjunto de los saberes socialmente legitimados de su tiempo. Hijos de la desacralización del mundo, del desencantamiento de la naturaleza, de la emancipación de la autoculpable minoridad y del reinado de la razón, los ilustrados encarnaron para quienes fuimos hijos e hijas de la moderni-

dad, aun cuando fuera en su fase tardía, el modelo de ejercicio de la función de intelectual.

Y sin embargo, por una suerte de paradoja y también por una suerte de deslizamiento de sentido que equipara saber a científicidad, lo que legitima al saber moderno como tal es su neutralidad. El saber moderno (ciencia y filosofía) nace marcado por un conjunto de exclusiones (de la autoridad, de las relaciones de poder, de la corporalidad, del trabajo manual, de las condiciones materiales de existencia, de la forma de organización material de las relaciones de los hombres entre sí) que han de permanecer. Cuáles son los misterios de esa naturalización, que ha permitido la persistencia de la imagen de neutralidad más allá de los intentos recurrentes de demolición, qué hace que sea tan difícil escuchar que el saber se vincula con algo más que con el saber, qué permite, en definitiva, que los intelectuales y el saber hayan sido investidos con los prestigios de la universalidad, la neutralidad, la objetividad es algo de lo que intentaremos ocuparnos.

La desacralización del saber y del poder inaugurada por el tiempo de las luces irá acompañada de la idea de que el derecho a ser escuchado no deriva de autoridad alguna, sino de la razonabilidad de los argumentos, en cuanto la razón es común a todos los hombres. Al mismo tiempo se irá construyendo una noción de razón y razonabilidad que ligará el saber a la abstracción, no sólo la necesaria para llevar a cabo inferencias científicas, sino la del cuerpo, no sólo la indispensable para llevar a cabo procedimientos pautados en orden al conocimiento del objeto, sino la necesaria para argumentar en función de los intereses generales. En cuanto a las mujeres el asunto se dirime, por una parte en el debate acerca de la igualdad de derechos, pero también, como indica Geneviève Fraisse, en el debate por el derecho al saber, pregunta que deriva en la inquietud por saber si «...el sexo reproductor tiene influencia sobre las otras partes del cuerpo, en especial sobre el cerebro. ¿Es el cerebro el órgano adecuado para dominar las pasiones de un sexo débil pero desmesurado, o es el lugar neutro de la actividad intelectual?». [Fraisse, G., 1991, p. 12]

La modernidad levantará la promesa de igualdad entre los hombres: iguales en razón, sentido común y libertad, iguales ante la ley e iguales

en derechos y deberes. De los desgarrones producidos por las promesas incumplidas de la modernidad, de los límites bajo los cuales habría de considerar a los sujetos en relación a la ley y la política, pero también en relación al derecho de saber y razonar nacería la crítica, largamente escuchada hoy, acerca del carácter no neutral de la razón moderna. No sólo razón de dominio sobre la naturaleza - cosa en nombre de la dignidad de los sujetos, sino razón etno y androcéntrica, razón de varones, blancos, burgueses, colonialistas, no de mujeres, negros, indios, proletarios. Hace ya de esto mucho tiempo decía Jean Paul Sartre en el prólogo al libro de Fanon, *Los condenados de la tierra*: «No hace mucho tiempo la tierra estaba poblada por dos mil millones de habitantes, es decir, quinientos millones de hombres y mil quinientos millones de indígenas: Los primeros disponían del Verbo, los otros lo tomaban prestado». [Sartre, 1974, p. 7]

Hay, sin embargo algo de paradójal en el tratamiento del tema de la Ilustración y de la Modernidad en un momento en el cual el cambio en el formato de la cultura hace muy difícil, si no casi imposible pensar en la condición de los intelectuales tal como fuera ejercida, no digamos en tiempos del ciclo revolucionario que inaugurara la modernidad política y la ruptura del lazo colonial clásico, allá por los tiempos de los albores del capitalismo, sino con situaciones mucho más cercanas... como aquellas que derivan de lo que de esa manera un tanto confusa, ambigua y polémica se ha dado en llamar condición posmoderna.

Sobre el trabajo intelectual y las condiciones materiales de existencia

Estamos tan habituados a pensar que la lógica del lazo social y la lógica del trabajo intelectual son no sólo diferentes, sino antagónicos y absolutamente independientes entre sí, que no podemos advertir el conjunto de articulaciones que ligan la organización del mundo social con la lógica de la producción intelectual, la secreta trama que une la forma de la síntesis del lazo social y las herramientas conceptuales con las cuales se construye el conocimiento científico, el tipo de vínculo que existe entre la extracción de excedentes propia de las sociedades de acumulación, con el control del trabajo manual por quienes monopoli-

zan el conocimiento.

Por decirlo de una manera más directa, el hábito de considerar el saber y el cuerpo, el saber y el poder, el saber y las condiciones materiales de existencia no sólo como diferentes, sino incluso como desconectados entre sí hacía decir al filósofo francés Paul Nizan en *Los perros guardianes*, un libro agrio y polémico escrito contra la filosofía académica francesa de la primera mitad de este siglo: « Los historiadores de la filosofía ... aseguran que el pensamiento está sometido a las leyes de excepción de un reino especial de la existencia ... El pensamiento les parece una actividad verdaderamente pura ejercida por seres que no tienen tiempo ni lugar y que no dependen de un cuerpo, por seres ajenos a toda clase de coordenadas». [Nizan, 1974, p. 10] El punto está precisamente allí, en cómo ligar, cómo explicar la relación entre conocimiento y sociedad, entre ciencia y política, entre sexo y saber.

Estamos tan acostumbrados al dualismo mecanicista o a la glorificación idealista de la autonomía de los bienes simbólicos que no advertimos su carácter de bienes y de mercancía, las lógicas que articulan teoría y política, y que desarticulan trabajo manual e intelectual a fin de asegurar la reproducción del orden social establecido y el control y dirección, por parte de las clases dominantes, del sentido que han de adquirir tanto la producción de bienes como la apropiación de excedentes.

En todo caso, en el mejor de los casos, estamos dispuestos a conceder que las ciencias sociales, la filosofía, las humanidades, la política, el arte ligan a los intelectuales al mundo de la vida, pero ... la ciencia es conocimiento abstracto de la que deriva la tecnología merced, por una parte, de la capacidad predictiva del conocimiento científico, y por la otra de la asimilación tácita entre eficacia y abstracción. El lazo entre las ciencias físico - naturales y la organización del mundo social está, por llamarlo de alguna manera, invertido.⁶

No es sencillo percibir que la escisión entre trabajo manual e intelectual estuvo históricamente unida a la necesidad, por parte de las clases dominantes, de apropiarse de los excedentes y el plus valor producido por los sectores subalternos. Lejos de constituir una ayuda al proceso de producción, el trabajo intelectual no ha sido sino

un eficaz auxilio para facilitar el control externo del proceso de producción y asegurar la extracción de excedentes por parte de los sectores dominantes. Sólo de este modo adquiere sentido la rebelión de los ludditas contra las máquinas, las proféticas palabras de Moro en *Utopía*, la voluntad de retornar a la producción artesanal que alienta en las Noticias de ninguna parte de Morris.

El caso del taylorismo tal vez resulte el ejemplo más expeditivo, en cuanto constituyó una respuesta «técnica» a la crisis capitalista de 1895. Taylor propuso la formación de administradores de empresas capaces de aplicar un método científico a la organización del trabajo. El método consistía en el cálculo y control racional, por parte de los técnicos de la fábrica, de los tiempos y el proceso de trabajo. Cada obrero sólo realizaría una parte repetitiva del proceso total. De este modo los obreros perdían no sólo el control sobre el proceso de trabajo, sino además la visión de conjunto y la capacidad de planificarlo. Las funciones sintéticas, aquellas que dan sentido al proceso en su conjunto permanecen fuera del horizonte de los trabajadores manuales.

La escisión entre trabajo manual e intelectual, entre mente y mano propia de las sociedades productoras de mercancías, y el hábito de considerar al trabajo intelectual como exclusivo producto del trabajo de la mente se debe precisamente a que este es puramente social, sintético, saca sus herramientas conceptuales de la forma de la síntesis del lazo social, y son precisamente estas características las que le otorgan primacía sobre el trabajo manual.

La naturalización de la escisión entre trabajo manual e intelectual, entre conocimiento positivo y crítica trabaja en favor de la negativa a considerar las bases materiales sobre las cuales se piensa. La ciencia es objetiva, neutral, producto del trabajo conceptual de la mente, una herramienta, por así decir a la mano que, casualmente, asegura la capacidad del capital para controlar la producción. Si la ciencia moderna nace junto con el capital comercial y con la constitución del primer mercado mundial, si la tecnología que de ella deriva forma parte de la acumulación de capital orgánico y si la ciencia contribuye a aumentar la capacidad de control administrativo del capital sobre el trabajo, ello no deriva de la lógica común del lazo social que atraviesa tanto la organi-

zación de la sociedad como las formas conceptuales de pensar, sino a una suerte de armonía preestablecida entre base y superestructura por la cual la una no es sino reflejo de la otra, o bien de la capacidad de la mente humana para elevarse por encima de las relaciones materiales, y por encima de la naturaleza - cuerpo.

El carácter bipolar del obstáculo para teorizar la relación entre condiciones materiales de existencia y saber se manifiesta en dos posiciones clásicas, polares y complementarias. Si por una parte los positivistas han defendido encarnizadamente la neutralidad del conocimiento científico y estigmatizado como ideología tanto a las ciencias sociales como a toda filosofía que no adhiriera a su posición científicista, la ortodoxia reduccionista, en el campo de la tradición marxista ha sostenido el carácter de «reflejo» de los bienes simbólicos.⁷

Estas posiciones, sin embargo, han sido hegemónicas durante demasiado tiempo como para considerarlas simples errores o falsificaciones malintencionadas. Conviene en este punto recordar aquello que Marx señalara: si el mundo se ve invertido es porque lo está. La escisión entre trabajo manual e intelectual es de larga data; el carácter puramente social del conocimiento abstracto por conceptos, derivado de la forma de la síntesis del lazo social, y no de la experiencia inmediata de los sujetos; el largo proceso de formación a través del cual un sujeto incorpora la mirada propia de las ciencias, el carácter simbólico de los productos que obtura la percepción de su carácter de bienes sujetos a procesos de producción, circulación y consumo, no hacen sino contribuir a consolidar la ilusión de neutralidad y autonomía.

En última instancia, como bien lo señalaba Freud, a los seres humanos nos cuesta tolerar las heridas narcisísticas. El carácter atemporal asignado al intelecto, que oculta los orígenes materiales e históricos de sus conceptos constituyentes forma parte de una representación imaginaria del trabajo intelectual que es pragmáticamente necesaria, no sólo para la reproducción del orden establecido, sino para garantizar, en sus productores, la ilusión necesaria de autonomía. La búsqueda de explicaciones para la relación entre ciencia y sociedad, entre reproducción de las formas de dominación y frágiles ideas, entre clase domi-

nante y arte, entre teoría y legitimación de un orden clasista, entre tecnología y acumulación de capital condujo a una mirada mecanicista que intentaba hallar el correlato entre saber y condiciones materiales de existencia en términos de reflejo. Sin embargo, como un síntoma de la insuficiencia de la hipótesis reduccionista tal vez quepa señalar que, junto a la instrumentalización de las ciencias sociales y el arte como propaganda de estado, permanecía la tendencia a interpretar las ciencias físico naturales como ideológicamente neutrales. Era su uso, un uso separado el que ponía la impronta de clase.

La tendencia a considerar la dignidad del pensamiento como ajena a los avatares y casualidades de la historia, a las contingencias del tiempo y del espacio, a las determinaciones de género, de clase, de etnia arraiga en la forma misma del lazo social en las sociedades productoras de mercancías. La percepción de la escisión entre lógica social y lógica del pensamiento deriva pues de la propia abstracción real en un mundo social en el que uso y cambio están separados de tal modo que los productos del trabajo pierden, en cuanto ingresan en la lógica sintética del intercambio sus determinaciones cualitativas que permanecen, sin embargo, en la imaginación privada de los sujetos.

Hace de esto mucho tiempo los franckfurtianos marcaron la oposición entre teoría crítica y teoría tradicional, oposición que permite pensar un conjunto de determinaciones en torno de la labor de los intelectuales en un mundo que camina cada día más al cumplimiento/rebasamiento de las promesas de la modernidad, no precisamente de aquellas que hablaban de libertad, igualdad, fraternidad, sino de aquellas que hablaban de hacer del hombre el dueño de la naturaleza desencantada. *

Si el vínculo que liga la forma de la síntesis del lazo social a la forma de racionalidad existente en la producción de conocimiento científico nos resulta en algún punto inabordable, habida cuenta de la fusión entre producción de conocimiento y autonomía de los bienes simbólicos, la creciente tendencia a la abstracción y la administración racional propia del capitalismo tardío hace día a día más imperceptibles y a la vez más contundentes las relaciones entre abstracción, racionalización y dominación. La jaula de hierro de la administra-

ción racional, del cálculo racional y del conocimiento racional va estrechando el círculo.

El trabajo intelectual goza, en nuestra cultura de alto prestigio cuando aparece investido con los estandartes de la neutralidad, de la intervención racionalmente calculada, como si esto fuera inmediatamente equivalente a permanecer al margen de intereses materiales y de ideología. El saber, el intelecto, la razón, carecen de intereses, de género, de clase. Y sin embargo son los procesos sociales y materiales los que han conducido al encumbramiento y exaltación de la neutralidad del saber, son los procesos materiales y sociales los que han conducido al oscurecimiento de la relación entre saber técnico y política, entre saber y sociedad, entre saber e ideología, entre saber y sexualidad.

No es casual que los primeros en invocar la condición de intelectuales, en el sentido de individuos que hablan en el nombre de la razón hayan podido hacerlo en una época en que la abstracción constituía la base no sólo de intercambiabilidad entre objetos despojados de sus determinaciones cualitativas, sino la base de la consideración de las características de la individuación misma: todos los individuos, independientemente de sus determinaciones materiales, de sus rasgos personales, de su sexo, color, origen, habrían de ser considerados como si fueran iguales.⁹ Estos individuos son precisamente los que podrían producir en sus cabezas privatizadas, y sólo por el esfuerzo de su pura racionalidad el conocimiento científico, conocimiento cuyos rasgos fundamentales son los de la mercancía. Conocimiento de lo universal, abstracto, calculable, cuantificable. Tal conocimiento, sólo por conceptos, no podría obtenerse a partir de la experiencia cotidiana de los hombres, del mundo de la vida, por así decir, sino de la forma de la síntesis del lazo social, es decir, del intercambio.

Cada vez más autonomizado y separado del mundo de la vida, el mundo de la razón y el conocimiento habría de exigir cada vez más de los intelectuales el ejercicio de una práctica separada. Ello es lo que ha provocado visiones de la ciencia como separada de las condiciones sociales. Los positivistas tradujeron en términos filosóficos la representación imaginaria según la cual la ciencia es puro producto de la razón y los sentidos, ellos fueron quienes mejor ilustraron la ne-

gativa a incorporar la historia, la sociedad, todo aquello que, a su juicio, obstaculizaba una percepción ajustada, neutra, asexuada y a ideológica de la realidad.

En pocas palabras, por decirlo a la manera en que lo diría Marx, si la ciencia se ve como abstracta es por que es abstracta, el conocimiento científico se produce sobre la base de herramientas conceptuales que deben su origen a la forma sintética del lazo social, no derivan de la experiencia inmediata ni del trabajo manual, cuya fragmentariedad imposibilita la conceptualización en términos de generalidad. Si la ciencia se ve como separada es porque lo está, y la visión de autonomía del reino de la razón deriva de la fragmentación y aislamiento del mundo científico, que genera en los científicos e intelectuales una obediencia mayor a las reglas internas del campo que a las reglas de la inmediatez política o social. La obediencia a las reglas del campo y la creciente autonomización producen y refuerzan la idea de autonomía.

Veamos cómo funciona esa articulación entre condiciones materiales de existencia, entendida como forma del lazo social y conocimiento científico hoy. Lyotard ha dicho que lo que caracteriza el cambio en el estatuto del saber bajo la condición posmoderna es el fin de los metarrelatos que daban sentido al conocimiento científico.¹⁰ El desfondamiento de los relatos del héroe del conocimiento y del héroe de la libertad ha dado lugar, de hecho, a una performativización generalizada del saber, performativización que hace de la eficacia técnica el criterio de aceptabilidad del conocimiento. Dicho en términos tal vez más estrictamente políticos, se trata de lograr eficacia y aplicabilidad. Las transformaciones institucionales que hoy desorientan a tantos intelectuales y profesores universitarios en la Argentina tienen que ver precisamente con esto.

Se trata, en pocas palabras de lo siguiente: la lógica de la racionalización burocrática se ha extendido al campo de la producción del conocimiento científico. Tras la crisis capitalista de la década del '60 no sólo se ha transformado la economía, no sólo se ha volatilizado y abstraído cada vez más la base material, sino que ello ha incidido sobre las instituciones en las cuales se produce, valida y circula el conocimiento científico. En po-

cas palabras hemos hallado nuestro propio Taylor.

Efectivamente, las transformaciones propias del capitalismo tardío han producido un cambio en la función y forma del conocimiento científico. En términos muy gruesos se podría postular que la lógica burocrática se ha adueñado de los espacios institucionalizados de producción de saber socialmente legitimado. El tránsito de la pequeña a la gran ciencia, producida a partir de la intervención creciente del estado en el financiamiento de la investigación científica, convertida cada vez más en asunto de especialistas, ha producido un efecto paradójico.¹¹ A la vez que emancipaba al intelectual del mecenas, o de la casualidad del nacimiento, lo sujetaba a las políticas de estado y a la lógica burocrática de la administración de la ciencia bajo un formato que sólo el estado moderno puede imprimir: la forma de la generalidad.

La transformación en las formas institucionales de producción de conocimiento no sólo está ligado a la profesionalización, sino que incide sobre los procesos de legitimación del conocimiento científico en la medida en que introduce estándares burocráticos no únicamente ligados a la administración de los recursos, sino al qué y cómo se produce conocimiento científico. Las políticas estatales de financiamiento instauran criterios de selección en torno del tipo de proyecto financiable, de los modos de evaluación y legitimación del conocimiento científico, asigna precios y jerarquías en un mercado académico establecido sobre la base de criterios de eficiencia y aplicabilidad muchas veces incompatible con la lógica interna y los tiempos propios de la investigación científica. El dominio directo de la economía y la lógica burocrática sobre las comunidades científicas imprime una racionalidad que inficiona el campo intelectual enajenando los mecanismos de decisión y trastornando la lógica del campo del saber. En la nueva reconfiguración del capitalismo intelectuales y científicos asisten a una expropiación de su capacidad de planificar su trabajo tal vez comparable a la reconversión que, para los trabajadores manuales, implicó la reorganización taylorista después de la crisis de 1895. Somos, en ese sentido, más proletarios, que nunca.

La lógica del capitalismo tardío y el hábito de considerar la forma de la síntesis social como

independiente de la forma de conocimiento, la teoría del reflejo, o el idealismo más absoluto instalados como sentido común en la sociedad sostiene la neutralidad de la ciencia y de la técnica y la indiferencia del conocimiento respecto del orden social.

La profundización de la instrumentalización del trabajo intelectual que ha convertido al rendimiento y la eficacia técnica, a la aplicabilidad en el non plus ultra según el cual se evalúa y valora cualquier producto de conocimiento cierran el panorama. Compelidos a responder a una lógica que es externa los científicos e intelectuales habitan cada vez más en un mundo separado. La fetichización cumple con todas sus amenazas. Discutimos aquello que se nos exige, hemos cortado amarras de la forma a la vez más brutal y más sutil con el mundo de la vida. La especialización de los lenguajes, no sólo como efecto de la profesionalización, sino de las estrategias de defensa del campo en un espacio en el cual el precio de los productos depende de las dificultades para su acceso, instauro reglas de circulación de los productos que los hace cada vez más ininteligibles para lo que podríamos llamar un «público culto medio».¹²

Aquello que en sí mismo no es objetable dado el enorme crecimiento de la producción intelectual y científica y la proliferación de nuevas perspectivas e incluso disciplinas- sino que constituye el suelo no elegido de la práctica intelectual, ha sido, en muchos casos convertido en estrategia de vallado del campo, en la medida en que lo protege de la mirada de intrusos y ajenos ; o bien en estandarte que obtura la percepción del proceso de producción .¹³

La lógica de escisión de las prácticas y la pérdida del control de los procesos sintéticos nos condena cada vez más a la especialización y el aislamiento. Ya no hay forma de hallar esa argamasa común de los grandes relatos, esos que según Lyotard totalizaban, pero a la vez procuraban anclajes al mundo de la vida, tenían la ventaja de situarnos ante nuestra historia como proceso, desigual, todo lo que se quiera, pero no dispersa en un estallido incomprensible de esquirlas y fragmentos inconexos.

Los anclajes al mundo de la vida son hoy pequeños, personales, mínimos. En ellos anuda y anida el sentido. Por eso se produce esto que nos

resulta tan difícil de entender si lo vemos, desde la perspectiva de las discusiones académicas, como un fenómeno aislado. El retorno del individualismo, de las investigaciones micro, de los intentos desesperados por hallar algún anclaje al mundo de la vida manifiesto en la reivindicación de la hermenéutica, la crisis de la racionalidad en las ciencias duras, las inacabables discusiones metodológicas en las ciencias sociales, la fragmentación de los objetos y la dispersión de los campos disciplinares, sólo por mencionar algunos de los objetos de desvelo de científicos, investigadores, filósofos e intelectuales en general no son sino un síntoma. Quienes se ocupan de metodologías cualitativas pueden dar cuenta de este proceso en el campo de las ciencias sociales : búsqueda de las representaciones del actor, del sentido que éste le asigna a la acción, crítica de la presunta objetividad de los enfoques cuantitativos y macroestructurales, fundamentalmente asidas a la desconexión que muchas veces este tipo de investigaciones plantean respecto del mundo vivido por los actores sociales.¹⁴

Aún más, el intento de recuperar el sentido ha provocado el retorno de la aproximación entre ciencias sociales y eso que se podría llamar, con todos los peros del caso, humanidades. La literatura, las formas narrativas expulsadas en el intento de cientifización de las ciencias sociales vuelve con la fuerza de lo reprimido, la vieja hermenéutica es propuesta como la última novedad metodológica, la retórica retorna y reclama sus fueros. Estos procesos, sin embargo, no son sino la contrapartida de la abstracción, la formalización, la neutralidad que siguen siendo las representaciones dominantes acerca de los productos del trabajo intelectual .

Qué de nosotras.

Estos procesos nos afectan a todos, atraviesan las diferencias sexuales, pero lo hacen de una manera específica. Explicar como nos afectan a nosotras (académicas e intelectuales) implica asumir un doble desafío, por una parte el del complejo asunto de la herencia de la modernidad ilustrada. Si fueron ilustradas las primeras mujeres en reivindicar en forma expresa nuestro derecho al saber lo hacían en la convicción de que el ingreso al mundo masculino de la ciencia, el saber

y la cultura (y ante todo la política) nos garantizaría inmediatamente el acceso a la igualdad. De algún modo el supuesto era la indeterminación sexual del saber. La razón, única, abstracta, universal, habría de ser, merced el combate contra los prejuicios, igualmente accesible a todos los seres humanos con «independencia» de su sexo. Hoy, y este es el punto, la forma de saber supuesta en sus reivindicaciones es precisamente la que ha hecho crisis a partir de la instalación de la condición posmoderna.

Por la otra esclarecer, o al menos intentarlo, un asunto de tan dificultoso acceso como el de la relación entre razón y sexualidad, o cuerpos sexuados y formas de acceso al saber, o diferencia sexual y saber, o saber acerca de la diferencia sexual, implica internarse por un angosto desfiladero, amenazado por los imprecisos límites entre diferentes interrogantes: por una parte los rasgos de la racionalidad, conceptualizada como aquello que se entiende por razón teórica y científica en general, ligada a procesos materiales que cruzan a los sujetos e instauran los escenarios y las condiciones para la producción de conocimiento abstracto, aquello que Sohn Rethel llama la abstracción real, que liga la racionalidad a las formas sintéticas del lazo social en las sociedades productoras de mercancías y articula el saber al poder. Por la otra la indagación por la relación entre ser portador de un saber y su advenimiento en un cuerpo humano sexuado, marcado irreductiblemente por la diferencia.

La fusión entre ambos niveles de indagación conduce, desde mi perspectiva, a la reducción de la complejidad del asunto. Si la «crítica a la razón patriarcal» asume la forma de la identificación entre racionalidad masculina y abstracción, la reivindicación de un *Mathematical Thinking* no es sino el corolario lógicamente esperable. Dicho de una manera, tal vez poco amable, la alternativa se convierte en radical alteridad, ratonera de la diferencia que hace de las mujeres sujetas sujetadas al destino de su cuerpo, incurablemente falladas cuando del orden simbólico se trata. Si la reivindicación del derecho al saber se postula sin más, el riesgo es suponer que la diferencia sexual constituye algo así como un avatar suprimible en la historia de la humanidad. Puro género, construcción social, la corporeidad misma se desdibuja en el juego paradójico de la «in» diferencia prometi-

da, el cyborg, un ser híbrido basado en la no identidad, y por lo tanto en la no diferencia entre los cuerpos.¹⁵

El sexo, se dice, nada tiene que ver con el saber, a menos que se hable del saber acerca del sexo, y entonces hagamos referencia al conjunto de enunciados que cruzan la teoría psicoanalítica.

Nuestra reflexión, sin embargo, más que referirse a las afirmaciones de Freud respecto de las mujeres y las posiciones y debates en torno de esa piedra del escándalo del psicoanálisis, la pregunta sin respuesta acerca de lo que quiere una mujer, ha de referirse a la tensión que Carole Pateman llama «el dilema Wollstonecraft», esa línea de fuerza que nos cruza la vida, el desgarramiento entre esas que somos, hijas de las luces y de la célebre *Vindicación de los derechos de la mujer*, y esa otra, ancestral, diferente, hija y heredera de las brujas, portadora de saberes oscuros o degradados, pero jamás una individuo autónoma, dueña de su razón y de su voluntad, como decía Kant.

Una vez más la Ilustración

La cuestión del derecho al saber, de la consideración de las mujeres como sujetos racionales va unida a transformaciones políticas y sociales de alcance mundial. Así como la revolución francesa puso las condiciones para el paulatino ingreso de las mujeres al mundo de la política, implicó la apertura del espacio teórico y político a partir del cual fue posible el reclamo de uso de la razón por parte de cada sujeto, investido bajo la categoría de individuo.

Las luchas decisivas de la burguesía por la toma del poder político se realizaron bajo la impronta de la noción de contrato. Esta supone la hipótesis de que los individuos son formalmente iguales entre sí y ante la ley. La noción de igualdad formal, a la vez que sustentaba el orden burgués y masculino de exclusiones abrió un espacio de legitimidad para el ingreso de reclamos procedentes de otros sectores sociales. Si la igualdad era en realidad tal sólo para los varones, blancos, burgueses, mayores de edad, propietarios e ilustrados, con exclusión de otros sectores sociales, étnicos, etarios, y obviamente, con exclusión de las mujeres, la exclusión perdía legitimidad. Ya no era posible atribuir la desigualdad al

nacimiento o a los privilegios de carácter hereditario. La exclusión y la desigualdad en todo caso lo eran de hecho, ya no de derecho.

En el espacio abierto por otras batallas las mujeres pudieron introducir sus incipientes reclamos. De esta época datan las más encendidas polémicas en favor de los derechos de las mujeres. Dos serán los espacios decisivos del conflicto, por una parte el espacio directamente político, por el otro el del saber, el del derecho de ejercicio autónomo de la razón.

Difícil cuestión la de la razón femenina en una época en la cual racionalidad y masculinidad eran postuladas como equivalentes. Si la razón ilustrada es una y universal, además de occidental, es por añadidura masculina. El lugar paradójico de las mujeres que por entonces reclamaban el derecho al ejercicio de la razón está dado de este modo por una doble coordenada, reclaman el ejercicio de una función masculina, el ejercicio del saber, pero lo hacen en su condición de mujeres.

Es por ello que la cuestión del saber, la ocupación de ese espacio por siglos masculino y masculinizado, donde las mujeres sólo han ingresado en calidad de excepción, presenta para nosotras un interés tan especial, por cuanto constituye, por una parte una crítica a la noción universalizante, androcéntrica y patriarcal de razón, y porque la generalización de la demanda, el saber para todas, y no sólo para aquellas que por su excepcionalidad pudieran haber ingresado al uso masculino de la razón tiene, por qué negarlo, un valor inestimable en la estrategia de constitución de nuevas formas de individualidad femenina.

La cuestión del derecho de las mujeres al saber implica, por una parte una crítica a la noción moderna de razón, pero se constituye al interior de las condiciones de posibilidad que la propia modernidad instaurara. El establecimiento de la igualdad formal permitiría la crítica a las diferencias efectivas, instalaría inadvertidamente el espacio por el cual se colarían los reclamos de otros sectores sociales, y también, de un modo sumamente complejo y desigual, los reclamos de las mujeres, de aquellas que constituyen parte de nuestra historia, nuestra propia genealogía en el campo del saber.

Si el derecho al saber y a la lectura fue, en los albores del siglo XIX cuestión de pocas, de

aquellas mujeres privilegiadas por su ilustración que constituían la excepción de un sexo, el nuestro, débil en el uso de la razón y sólo fuerte en el cumplimiento de los mandatos de la biología, el reclamo se fue generalizando a medida que se fue transformando el principio de legitimación del ejercicio de la autoridad, ligado para los modernos a la razón y no a la fuerza.

Precisamente en esta generalización y en la disputa por el ingreso igualitario al campo del saber reside el carácter revolucionario de los reclamos femeninos del derecho al saber. Geneviève Fraisse, en su estudio acerca del debate a propósito de la igualdad de los sexos en tiempos de la revolución francesa, indica las dificultades con las que una época abiertamente igualitaria se hallaría para legitimar el gesto de exclusión hacia quienes, como las mujeres, aguardaban sobre las fronteras tras la demolición del antiguo régimen.

Si las mujeres son, ante todo, el sexo reproductor, las responsables del mejoramiento de la especie, de lo que se trata es de delimitar cuál sea la influencia del sexo sobre las otras partes del cuerpo, en especial sobre el cerebro. Es interesante en este punto citar «in extenso» a Rousseau. Dice el ginebrino en el capítulo 5 de su *Emilio*, dedicado a Sofía y a la educación de las mujeres: «No hay paridad ninguna entre ambos sexos en cuanto a lo que es consecuencia del sexo. El varón sólo en algunos instantes lo es, la mujer es toda su vida hembra, o a lo menos toda su juventud: todo la llama a su sexo, y para desempeñar bien sus funciones necesita de una constitución que a él se refiera. Necesita cuidarse durante su preñez, sosiego cuando está parida; una vida muelle y sedentaria para dar de mamar a sus hijos, para educarlos paciencia, blandura, un celo y un cariño que con nada se fatigue; es el vínculo entre ellos y su padre; ella se los hace amar, y le inspira la confianza para que los llame suyos... nada de esto debe ser en ella virtud, todo ha de ser gusto, sin lo cual en breve se extinguiría el linaje humano». [Rousseau, J.J., 1955, p. 249]

Si se establece una correlación fuerte entre identidad sexuada y formas de uso de las capacidades intelectuales, las mujeres, han de ser educadas en función de aquella obligación que deriva de su naturaleza: la reproducción de la especie. Si el debate se juega en torno del derecho al uso de la razón, es porque «la edad de la razón»

asigna consecuencias prácticas al derecho a saber.¹⁶

Del mismo modo que en el siglo XIX la demanda igualitaria sigue presentándose hoy como amenaza, amenaza de guerra entre los sexos, amenaza de masculinización de las mujeres, amenaza de pérdida de aquello que nos sería específico, el espacio de la sensibilidad y la reproducción, del maternaje y la ternura.

La herencia rousseauniana no sólo constituye un legado teórico para la filosofía política o la pedagogía. Muchas de sus interrogaciones retornan como síntoma recurrente de los fantasmas que se agitan ante los reclamos mujeriles por espacios igualitarios en el campo del saber. Dice Rousseau en el *Emilio*: «Ni el carácter ni el temperamento deben estar igualmente constituidos en el hombre y en la mujer, ... no se les debe dar la misma educación. Siguiendo las indicaciones de la naturaleza, deben obrar acordes, pero no deben hacer las mismas cosas; el fin de sus tareas es común, mas éstas son diferentes, ... No os apartéis de las indicaciones de la naturaleza. Debe respetarse todo cuanto al sexo caracteriza, como que ella lo ha establecido...». [Rousseau, 1955, p. 250]

El reclamo igualitario de ingreso al mundo del saber, reclamo de ejercicio de la razón, no a título de excepción, sino como demanda generalizable para todas tiene, de este modo, y aún en nuestros días un enorme potencial revulsivo.

Qué de nuestros saberes hoy

De ningún modo es posible agotar en una breve exposición la cuestión del lugar de las mujeres en el campo del saber. Solo, para concluir provisoriamente esta indagación sería necesario ordenar la exposición en torno del señalamiento de ciertos obstáculos que, desde mi punto de vista, afectan las formas bajo las cuales las mujeres nos incorporamos en el mundo de la teoría y el conocimiento en instituciones académicas. Ella está signada por una lógica que ha reconfigurado el campo intelectual sujetándolo a las reglas de la administración burocrática del saber y por la disminución del peso relativo de los saberes críticos.

Por una parte las mujeres ingresan masivamente a la universidad a partir de la década del 60, como resultado de un conjunto de transfor-

maciones estructurales en la sociedad. El ingreso, por cierto tardío en comparación con el de los varones, se cumplió bajo las condiciones establecidas previamente en el campo, es decir, las mujeres pasaron a ocupar los lugares menos relevantes, aquellos que los varones abandonaban a medida que se producía el ingreso femenino.

A ello hay que sumar el hecho de que la neutralidad asignada al conocimiento científico invisibilizó durante mucho tiempo no sólo el sexismo de los científicos, sino el androcentrismo de la ciencia.

Proclamado el derecho al saber en la mayor parte de las sociedades occidentales, ello no ha implicado, de todas formas, una redefinición de las relaciones de poder al interior de las instituciones y mucho menos aún un cambio en los puntos de vista epistemológicos de la mayor parte de las disciplinas. El siglo XX ha presenciado, bajo investiduras distintas, la repetición de la discusión ilustrada en torno de la excepción y la regla: ahora se trata de clasificar a las mujeres en emancipadas, esto es mujeres «masculinas y masculinizadas» capaces de asumir la lógica de la razón abstracta, neutral, y «las otras», «femeninas» y por esto inmediatamente «intuitivas», sensibles, portadoras de una suerte de crítica a la razón masculina e instrumental hecha en nombre de los oscuros saberes del cuerpo. La vieja oposición razón/intuición; fertilidad racional/fertilidad corporal retorna modulada en los términos hoy escuchables; en nombre de la diferencia se oscila entre su absorción en simple semejanza o su postulación como principio radical de constitución de otra visión del mundo, otra racionalidad, otra cultura, racionalidad maternal del cuidado de la vida humana concreta y no de la justicia abstracta.

El surgimiento de los estudios de la mujer en las sociedades en las cuales el movimiento de mujeres fue suficientemente fuerte permitió, sin embargo, el desarrollo de una crítica sistemática a puntos de vista que eran considerados como universales, neutrales, científicos sin más. Los argumentos de filósofas y científicas feministas, se concentrarían en una doble crítica. Se discutiría, por una parte la cuestión de la objetividad. Si el conocimiento es producto de un punto de vista portado por un sujeto sexuado, la ciencia producida por los varones ha invisibilizado a las muje-

res en sus peculiaridades sometiendo sus prácticas sociales, su constitución psíquica, sus formas de participación política, a patrones androcéntricos de análisis. Por la otra, el sexismo de los científicos ha construido una genealogía masculina para la ciencia. Borradas de la historia de la ciencia como productoras, debiéramos recuperar, como indica en su erudito texto Margaret Alic, *El legado de Hipatia*. Es necesaria una reconstrucción de nuestra memoria y nuestras genealogías. Dice Margaret Alic: «Durante la mayor parte de la historia documentada, las sociedades occidentales han estado bajo el dominio de los hombres. Los libros de historia reflejan esta influencia masculina, han ignorado la historia de las mujeres. A medida que la ciencia y la tecnología fueron adquiriendo más valor en las sociedades patriarcales, el trabajo científico de la mujer se fue devaluando cada vez más ... Hoy en día, la ciencia y la tecnología han llegado a dominar nuestra sociedad. Y una vez más se nos dice que las mujeres son incapaces de creación científica. Pero las mujeres están dando la pelea. Alzan la voz contra esas actitudes patriarcales... Y el redescubrimiento de la historia de las mujeres en la ciencia es un paso hacia ese cambio». [Alic, M, 1991, p. 15]

Sin embargo el problema es bastante más complejo. La batalla por el derecho al saber no se juega, al menos desde mi punto de vista, en torno de la recuperación de la historia de las científicas olvidadas y sus contribuciones, que reinstala tácitamente la dicotomía entre la excepción y la regla, o en la tarea de hacer visible lo invisibilizado.¹⁷

La ilusión de que el sujeto del saber opera como puro sujeto de conocimiento, independientemente de intereses (tanto sociales como cognoscitivos) se halla tan arraigada en el campo académico que la cuestión de los aspectos neutrales y objetivables del proceso de producción de conocimiento científico, reducido a la aplicación de un conjunto de reglas y preceptos, es uno de los problemas más difíciles de dilucidar. La imagen del científico neutral, aséptico, ejecutor pulcro de las reglas establecidas en un organon tan completo como sea posible a fin de conocer la realidad sin más, tiende a retornar como necesidad de preservar no sólo la ilusión de autonomía del saber, sino de expulsar los fantasmas de la subjetividad individual, de las determinaciones sociales y de sexuales del ámbito del conociemien-

to.

De allí el retorno de la cuestión del sujeto, del debate en torno de las especificidades de nuestra constitución psíquica, inevitablemente marcada por las disputas en torno de lo inconspicuo del clítoris, y la falta, que hace de una mujer una sujeta ya castrada. Dicho en términos de una cierta lectura lacaniana: el hecho de ser «el lugar de la falta», los ojos clavados en el pene sensible, y no en la operación simbólica que se hace necesaria ante la falta de significante más radical, hace de las mujeres sujetas falladas en el ejercicio de la función simbólica. La diferencia que no sólo es considerada como diferencia de saber respecto de la diferencia sexual, sino como posibilidad en menos de acceso al orden de lo simbólico, la ciencia, y, por qué no (retomando en este punto el viejo tema rousseauniano), a la cultura en general. En nosotras habla la voz de la naturaleza...somos, pues a partir de este conjunto de identificaciones, adversarias naturales de la cultura, sin más.

Si las mujeres hemos ingresado en el campo académico ello dista de constituir una garantía. Las tensiones de fuerza que cruzan el campo, la desigualdad de posiciones de autoridad respecto del control de las formas de legitimación en la producción de conocimiento entre varones y mujeres, debido a una larga historia de subalternidad y exclusión; las dificultades mismas para la producción de teoría, atravesada por la crisis de la noción misma de racionalidad y de ciencia, el cambio en el estatuto mismo del saber configuran un complejo conjunto de problemas.

Si los puntos de vista feministas respecto de la ciencia han ingresado en un cierto umbral de visibilidad, ello se debe a dos factores, por así decir (recordando la vieja dicotomía entre historia interna y externa de la ciencia) claramente «extracientíficos», por una parte las transformaciones estructurales de las universidades a nivel mundial, y por la otra la visibilidad adquirida por los movimientos de mujeres y sus demandas, que han operado como sustento para el surgimiento de los estudios de la mujer en la tradición anglosajona, y de la teoría feminista en la tradición continental.

A diferencia de lo sucedido en los países del norte, donde la inclusión de la problemática se produjo en un momento de auge del movimiento

feminista y de expansión creciente de la universidad, en la llamada edad de oro del capitalismo, los estudios de la mujer nacieron en la Argentina tras la recuperación de la democracia, en un contexto complejo y difícil de caracterizar.¹⁸

La mayor parte de las universitarias respondemos hoy mucho más fuertemente a la lógica del mundo académico que a las necesidades del movimiento de mujeres. Nuestra inserción en las instituciones universitarias es suficientemente frágil como para que las negociaciones con las instituciones del sistema nacional de ciencia y técnica se lleven a cabo en condiciones sumamente desiguales que hacen que muchas teóricas se perciban simplemente como «técnicas», que intervienen en relación con la necesidad de producir conocimiento sobre un tema puntual que tal vez tenga la ventaja adicional del financiamiento internacional.

La institucionalización de los estudios de la mujer o de género en la Argentina se lleva a cabo de una manera ambigua, signada por el proceso de burocratización y reorganización de las universidades que afecta también al conjunto de los intelectuales que de una manera ambigua podemos llamar críticos.¹⁹ Nos hallamos también en la encrucijada de responder a una lógica cada vez más férrea que heteronomiza en forma creciente nuestra producción intelectual y acechadas por las tentaciones de retorno a la búsqueda de aquellos saberes y espacios menos formalizados, más cercanos al sentido común, a la experiencia vivida por el conjunto de las mujeres.

El dilema es duro. Las mujeres hemos sido las otras, otras de la política y también otras del saber. La conquista de espacios en el mundo académico esta sembrado de obstáculos, tensiones y dudas. De lo que se trata es de poder mantener el delicado equilibrio entre la demanda por nuestros derechos al uso de la razón sabiendo, simultáneamente que no hay sólo una forma de racionalidad, que ella anuda a condiciones materiales, no sólo desde el punto de vista de la organización de la sociedad, sino también desde el punto de vista del cuerpo. Los intelectuales no son, aunque lo pretendan, sujetos asexuados. Los saberes no escapan a la determinación de los cuerpos humanos, que son, con todo lo dilemático del caso, sexuados.

Indiscutiblemente la institucionalización de los estudios de la mujer, o de género, conlleva

una sanción social legitimante y posibilita la formación de una masa crítica que permitirá, sin lugar a dudas, realizar nuevos avances cognoscitivos, y algunas transformaciones prácticas.

La complejización del espacio académico, el surgimiento de nuevas temáticas también implica el surgimiento de nuevas dificultades. Nuestra tarea, la de nosotras, las intelectuales se sitúa en una encrucijada compleja: el desafío de asumir la institucionalización sin perder el filo crítico, aceptar las exigencias de rigor académico sin por ello renunciar a la génesis que, al menos para quienes nos seguimos reconociendo como feministas, la cuestión tiene, lo que constituye su marca de origen, es decir el compromiso con el movimiento de mujeres.

La tarea es intrincada y probablemente cada día más ardua, las transformaciones veloces, y algunos obstáculos teóricos y prácticos recurrentes ... pero de eso se trata, de no retroceder ante nuestros logros, y de aceptar que, por la larga exclusión que sólo en razón de nuestra condición de género sexual hemos vivido durante siglos, es aún largo el trayecto que nos queda en la lucha por nuestra propia palabra al interior del campo intelectual. Una palabra que no podrá ser neutral, y que ha de estar marcada por la ambigüedad, por la tensión entre la excepcionalidad y la subordinación, por la tendencia a la abstracción y a la crítica en acto que implica ser sujeta de saber, y no sujeto, una intelectual y no un intelectual. Tarea difícil, si las hay.

Bibliografía

- Adorno, T. y Horkheimer, M. *Dialéctica del iluminismo*, Bs. As., Sur, 1969
- Alic, M., *El legado de Hipatia*, Madrid, Siglo XXI, 1991.
- Ambroggi, A., El programa filosófico de los estudios sociológicos, 1993, (mimeo 41 p.),
- Anderson, P., Modernidad y Revolución, en Nicolás Casullo, *El debate modernidad - posmodernidad*, Bs. As., Punto Sur, 1989
- Berman, M., *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Bs. As., Siglo XXI, 1989
- Berman, M., Brindis por la modernidad, en Nicolás Casullo, *El debate modernidad - posmodernidad*, Bs. As., Punto Sur, 1989
- Bourdieu, P., Campo del poder y campo intelectual, Bs. As., Fofios, 1983
- Bourdieu P., y Wacquant, L. *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995.

Ciriza, A., Teoría y política en la Argentina. Los obstáculos de los '90, en *Aportes de la Universidad a los Estudios de la Mujer*, Bs. As., 1995.

Ciriza, A., Las mujeres en la Universidad. Un largo camino hacia la institucionalización de la problemática de género, en *Conciencia*, Revista del PRIDEG, N° 1, marzo de 1996, p.p. 15-28

Ciriza, A., Saber y diferencia sexual. Las mujeres y la(s) ciencia(s), en *Debate Abierto*, Año VI, N° 14, noviembre - diciembre de 1997, p.p. 20-23.

Denzin, N. & Lincoln I., *Handbook of Qualitative Research*, London, Sage Publications, 1994.

Follari, R., *Modernidad y Posmodernidad: una óptica desde América Latina*. Bs. As., Aique, 1992.

Follari, R., *Posmodernidad, filosofía y crisis política*, Bs. As., Aique, 1995.

Fraisse, G., *Musa de la razón: La democracia excluyente y la diferencia de los sexos*, Madrid, Cátedra, 1991.

Gargani, A., *Crisis de la razón*, Bs. As., Siglo XXI, 1983

Haraway, D., Manifiesto para cyborgs, en *Eutopías. Documentos de trabajo*, Vol. 87, 1995.

Horkheimer, M., *Teoría crítica*, Bs. As., Amorrortu, 1975

Irigaray, L., *Yo, tú, nosotras* Madrid, Cátedra, 1992.

Kant, I., Respuesta a la pregunta qué es la Ilustración, en *Filosofía de la Historia*, Bs. As., Nova, 1969.

Liotard, F., *La condición posmoderna*, Bs. As., R.E.I., 1989.

Liotard, F., Qué era la posmodernidad, en Nicolás Casullo, *El debate modernidad - posmodernidad*, Bs. As., Punto Sur, 1989.

Marí, E., *Neopositivismo e ideología*, Bs. As., EUDEBA, 1974

Nizan, P., *Los perros guardianes*, Madrid, Fundamentos, 1973.

Pateman, C., *El Contrato Sexual*, Barcelona, Anthropos, 1995.

Pêcheux, M., *Hacia el análisis automático del discurso*, Madrid, Gredos, 1976.

Pêcheux, M., Delimitaciones, inversiones y desplazamientos, en *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*, México, Siglo XXI, 1986.

Piscitelli, A., *Ciencia en movimiento, la construcción social de los hechos científicos*, 2 Volúmenes, Bs. As., CEAL, 1993

Rousseau, J.J., *Emilio*, Bs. As., Safian, 1955

Sartre, J.P., Prefacio, en Franz Fanon, *Los condenados de la tierra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1974.

Sohn Rethel; A., *Trabajo manual y trabajo intelectual. Para una crítica materialista de la epistemología*, Bogotá, El viejo topo, 1979.

Tort, M., Lo que un sexo sabe del otro, en Fraisse G. (comp.), *El ejercicio del saber y la diferencia de los sexos*, Bs. As., Ed. de la Flor, 1993.

Viano, C., Los paradigmas de la modernidad, en Nicolás Casullo, *El debate modernidad - posmodernidad*, Bs. As., Punto Sur, 1989

Wellmer, La dialéctica modernidad y

posmodernidad, Nicolás Casullo, *El debate modernidad - posmodernidad*, Bs. As., Punto Sur, 1989

Referencias

¹ Respecto de la noción de campo es necesario formular algunas precisiones. Desde el punto de vista de Pierre Bourdieu (Cfr. Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995) el campo implica siempre un juego de tensiones en la organización de un espacio de conocimiento determinado. Funciona como un campo magnético, expulsando y atrayendo objetos cuyas reglas están ancladas a relaciones de poder que establecen límites y presiones, relaciones de conflicto y competición. Al interior de un campo hallan su precio y valor relativo los capitales específicos (científico, religioso, económico, político) de los cuales un sujeto disponga, en la medida en que es en el espacio delimitado por el juego de fuerzas que el campo magnetiza que se instauran las relaciones de dominio, subordinación, autoridad.

² La Red Argentina de Género, Ciencia y Tecnología proporciona datos elocuentes al respecto: si las mujeres representamos el 48% de los investigadores del CONICET, sólo un 8% alcanza la categoría de Investigadora Superior (la más alta dentro del sistema), si en las universidades somos el 60% de las/los jefes de trabajos prácticos, sólo un 15% de mujeres accede a la titularidad de las cátedras. En pocas palabras, las cifras indican que a pesar de los altos índices de participación, el acceso de mujeres a los cargos más altos es francamente minoritario, todo un síntoma respecto de la incidencia de la diferencia sexual en la constitución del campo académico argentino.

³ L. Irigaray sostiene que lo propio del patriarcado es la organización de una sola línea de filiación que tiende no sólo a subordinar, sino incluso a borrar las huellas de las genealogías que ligan madres a hijas. En *Yo, tú, nosotras* Madrid, Cátedra, 1992.

⁴ Es ni más ni menos Kant quien lo señala, en Respuesta a la pregunta qué es la Ilustración, en *Filosofía de la Historia*, Bs. As., Nova, 1969

⁵ La cuestión del cambio en las condiciones de producción y de legitimación del saber ha sido analizada desde distintas perspectivas y tradiciones. Nos interesa indicar, en relación a la genealogía de este escrito, y a título indicativo algunos de los autores y textos ligados a este amplio debate. Al respecto es inevitable remitir al ya clásico texto de F. Lyotard, *La condición posmoderna*, Bs. As., R.E.I., 1989. A. Gargani compila en *Crisis de la razón*, Bs. As., Siglo XXI, 1983 una serie de artículos de diversa inscripción disciplinar los debates italianos acerca de la cuestión. Marshall Berman en su *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Bs. As., Siglo XXI, 1989 procura establecer el itinerario de la modernidad a la luz de aquella célebre frase de Marx. La querrela por la modernidad, la razón moderna y sus efectos sobre diversos campos temáticos y disciplinares halló eco en la Argentina a través de la publicación de una compilación realizada por Nicolás Casullo, *El deba-*

te modernidad - posmodernidad, Bs. As., Punto Sur, 1989, que incluyó artículos de Berman, Brindis por la modernidad, Perry Anderson, Modernidad y Revolución, Jean François Lyotard, Qué era la posmodernidad; Carlo Viano, Los paradigmas de la modernidad, Albrecht Wellmer, La dialéctica modernidad y posmodernidad, asimismo aparecieron los libros de Roberto Follari *Modernidad y Posmodernidad: una óptica desde América Latina*. Bs. As., Aique, 1992 y *Posmodernidad, filosofía y crisis política*, Bs. As., Aique, 1995.

⁶ Seguimos en este punto el itinerario marcado por las interrogaciones de Alfred Sohn Rethel en su libro *Trabajo manual y trabajo intelectual. Para una crítica materialista de la epistemología*, Bogotá, El viejo topo, 1979.

⁷ Es interesante la crítica que Enrique Marí realiza a la pretendida neutralidad ideológica del neopositivismo en *Neopositivismo e ideología*, Bs. As., EUDEBA, 1974.

⁸ Desde el punto de vista de Adorno y Horkheimer en *Dialéctica del iluminismo*, Bs. As., Sur, 1969 y *Teoría crítica*, Bs. As., Amorrortu, 1975, la condición de la imposición del dominio, tal como éste ha sido ejercido en las sociedades burguesas, tanto sobre la naturaleza como sobre los seres humanos, es la reducción de la heterogeneidad a un patrón de cálculo.

⁹ Es en este punto sumamente interesante la perspectiva de Michel Pêcheux, en *Delimitaciones, inversiones y desplazamientos*, en *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*, México, Siglo XXI, 1986. Desde su punto de vista la condición para la puesta en circulación de las entidades de la política moderna es la invención de una «nueva lengua de madera», el derecho, que instaura un espacio universal de circulación para los sujetos invisibilizando las determinaciones de clase, etnia y género que hacen imposible su igualación abstracta. La invisibilización de las determinaciones materiales es lo que produce la ilusión de la universalidad del derecho y la absorción de las diferencias.

¹⁰ Cfr. Lyotard, F. *La condición posmoderna*. Informe sobre el saber, Bs. As., R.E.I., 1989.

¹¹ Alejandro Piscitelli en *Ciencia en movimiento, la construcción social de los hechos científicos*, (2 Volúmenes) Bs. As., CEAL, 1993, marca la ligazón entre los procesos de compartimentalización y especialización del saber y la organización de instituciones circunscritas al financiamiento de la producción de conocimiento científico.

¹² Son sumamente interesantes las observaciones de Adelaida Ambroggi en «El programa filosófico de los estudios sociológicos», 1993, (mimeo 41 p.), quien a propósito del llamado programa fuerte en sociología de la ciencia, se ocupa de indicar el valioso descubrimiento aportado por estos herederos heréticos de Thomas Kuhn. Si la ocupación fundamental de los científicos es producir papers aceptables para la comunidad científica que sea del caso, y los criterios de legitimación de los mismos están fuertemente determinados por criterios de aceptabilidad que dependen del consenso sostenido por una autoridad, es de esperar que los científicos tengan como interlocutores privilegiados a sus pa-

res, esto es a quienes han acumulado prestigio y capital (simbólico) en esa área especializada del saber.

¹³ A propósito de las estrategias de defensa del campo por la vía de la «puesta en forma y la puesta en guardia en el lenguaje» se puede ver el análisis de Bourdieu a propósito de Heidegger, considerado como el modelo por excelencia del filósofo «puro», en *Campo del poder y campo intelectual*, Bs. As., Folios, 1983.

¹⁴ Es interesante la caracterización que Norman Denzin e Ivonna Lincoln realizan de las diferencias entre métodos cualitativos y cuantitativos en su *Handbook of Qualitative Research*, London, Sage Publications, 1994. El punto de vista cuantitativo es, desde el punto de vista de muchos investigadores en ciencias sociales, incapaz de apresar la perspectiva de los actores. Aún más, a partir de la década del 70 los estudios sobre etnicidad han sido asumidos, en Estados Unidos por chicanos, asiáticos, afroamericanos que intentan tomar el control de los estudios sobre su propia gente.

¹⁵ El asunto ha adquirido relevancia a partir de las intervenciones de Donna Haraway, Manifiesto para cyborgs, en *Eutopías. Documentos de trabajo*, Vol. 87, 1995.

¹⁶ Cfr. Geneviève Fraisse, *Musa de la razón: La democracia excluyente y la diferencia de los sexos*, Madrid, Cátedra, 1991.

¹⁷ Los itinerarios de las mujeres excepcionales, marcan sin embargo el ambiguo valor de las excepciones en la historia de las mujeres, su significado como modelos de emancipación o de saber y racionalidad. El acento en la excepcionalidad de sus historias muestran la fortaleza de aquello que retorna, la irreductibilidad de una diferencia que, al regresar como fundante se convierte en el hilo que vuelve a sujetarnos a los espesos lazos que nos ligan a la suerte de la especie, suerte de idénticas, no de individuos.

¹⁸ He trabajado sobre el asunto de la relación entre teoría feminista y transformaciones en las condiciones materiales de existencia en varios escritos: *Teoría y política en la Argentina. Los obstáculos de los '90*. Publicado en *Aportes de la Universidad a los Estudios de la Mujer*, Colectivo editado por la Cancillería con ocasión de la IV Conferencia Mundial de la Mujer realizada en Beijing, Bs. As., 1995; *Las mujeres en la Universidad. Un largo camino hacia la institucionalización de la problemática de género*. Publicado en *Conciencia*, Revista del PRIDEG, Universidad Nacional de Catamarca, N° 1, marzo de 1996, p.p. 15-28 y *Saber y diferencia sexual. Las mujeres y la(s) ciencia(s)*, Publicado en: *Debate Abierto*, Año VI, N° 14, noviembre-diciembre de 1997, p.p. 20-23.

¹⁹ Utilizo el término género no sin reservas. En primer lugar debido a que la denominación surge como necesidad de especificar un campo académico de fronteras inciertas en la tradición anglosajona. En segundo lugar porque, si bien implica referencias al carácter relacional y no esencial de las identidades de los sujetos, la denominación «estudios de género» no es ajena a la despolitización de una perspectiva teórica que prefiero continuar llamando feminista.